

LA NUEVA PIN

En Cuba la pintura pasa hoy por una nueva fase, tanto en lo que respecta a la búsqueda como a su función social. Bien entendido, se trata aquí de la joven generación: de la que tenía veinte años al triunfar la revolución en 1959 y de la generación posterior.

Los jóvenes pintores cubanos participan, sacrifican una parte de su tiempo de trabajo en una actividad social que les permite el no permanecer en un «soberbio aislamiento». Algunos enseñan en la Escuela Nacional de Arte del suburbio habanero de Cubanacán o en otras escuelas; otros trabajan en talleres de artes gráficas. Así, al mismo tiempo que los jóvenes pintores entran en contacto con la sociedad, juegan un papel en ella. En este caso, un papel económico, para llenar la falta de profesores, de dibujantes, de cartelistas. Desde el momento en que pertenecen a un organismo van al trabajo voluntario en la agricultura, en el cual dicho organismo participa. De esa manera, los profesores de la Escuela Cubanacán acompañan a sus alumnos y llevan su misma vida en los campamentos de Isla de Pinos, replantando, desyerbando, fertilizando... Estos jóvenes son pagados por el organismo que los emplea.

FERNANDO LUIS.—Fernando Luis es profesor en la Escuela de Arte de Cubanacán, donde enseña doce horas por semana repartidas en cuatro semanas. Tiene treinta y seis años y es uno de los primogénitos de esta generación. Antes y después del triunfo de la revolución, Fernando Luis ha viajado y expuesto en España (Bienal Internacional de Pintura de Barcelona en 1967), en Holanda, Checoslovaquia y Francia, donde representó a Cuba en la Cuarta Bienal, la cual le otorgó una mención. En la galería Saint Germain, en México, donde participa en dos exposiciones de grupo en el museo universitario; en los Estados Unidos tomó contacto, sobre todo, con el «action painting». La influencia de la pintura norteamericana sobre la joven generación es determinante. «Ahí está el punto de ruptura con la vieja generación: Amelia Peláez, Víctor Manuel, Carlos Enrique. Ellos estaban influenciados por Europa, digamos, más precisamente, por Francia, por la escuela de París», señala Fernando Luis.

MANUEL MENDIVE:

Elegguá, Oggun, Ochissí, Ikú.



—Es necesario mirar las cosas como son —dice él—. Nosotros vivimos en un universo irremediablemente científico, tecnológico. Y esto va acrecentándose. Nuestro espacio, el de los pintores o escritores, se estrecha día a día, pero nuestra angustia pertenece a todos. Colocar un lienzo en una pared es un gesto anacrónico; pintarlo es absurdo. El pincel del pintor es tan prehistórico como el arado de reja del campesino egipcio. En lugar de mostrarte estos dibujos, yo debería invitarte a ver efectos de rayos laser. Hemos entrado en la era del realismo científico y ella va a liquidarnos. Los instrumentos, las máquinas científicas son de una belleza extraordinaria; verdaderas esculturas policromadas. Cuando el pintor utiliza un pequeño motor eléctrico para animar su estático mundo, realiza una tentativa para adaptarse, pero, en realidad, denuncia la crisis. Kowalsky emplea el neón y el plástico. Reuschenberg pasó un cursillo en la NASA. Du Pont descubre, según parece, colores vibrátiles. Pero el problema no reside ahí: nuestras preocupaciones no tienen razón de ser. El público futuro, de un futuro próximo, será un hombre altamente mecanizado por el universo que le será dado...

—Pero en Europa la pintura apa-

siona a nuevas capas de la población que, hasta estos últimos años, no habían entrado jamás en un museo, y tú enseñas la pintura de futuros pintores, ¿no?

—En los países que tienen una larga tradición pictórica, esta tradición muere más lentamente. Para nosotros, para muchos países, el caso no es el mismo. Nosotros no tenemos tradición pictórica. Y en el futuro será el cine, la televisión. No hay que hacerse ilusiones, la cultura del mañana será una cultura totalmente diferente, que habrá roto con toda base humanista. Mis alumnos trabajarán con urbanistas, pondrán color a las ciudades. Quizá se habrán encontrado colores que nos permitirán ver, a través de los cristales, paisajes como nunca antes habíamos visto...

MANOLO MENDIVE.—Mendive pinta el mundo que le rodea, que es su medio ambiente cotidiano. De niño, Mendive asistía al «santo», fiesta yoruba que hacían los amigos de su familia o que tenían lugar en su propia casa. La forma, el color de las vestimentas, los ritmos, las tinajas en las que se dice penetra el dios, y que son pintadas con su color: rojo para Changó, amarillo si se trata de Ochum, azul para Yemayá, blanco si la fiesta es dedicada a Obatalá. Todo esto lo intriga y agudiza su sentido de

la observación. Por la noche, para dormirlo, su madre le cuenta relatos maravillosos, a esos cuentos simples que constituyen una sucesión de imágenes de las costumbres africanas de la época de la trata de negros. Cuando tuvo nueve años, participa en un concurso de dibujo y pintura que organiza su escuela sobre el tema de la madre. ¿Qué pintó Mendive? Una madre negra, del color de su piel, cocinando un tamal y, en el fondo, un paisaje que ha visto siempre: las palmas. Los dibujos se van al Japón. La posibilidad de conseguir el premio para Cuba aumenta el interés de Mendive por la pintura. Al crecer, adquiere un conocimiento más profundo no sólo de los ritos, sino que, haciendo un trabajo de etnólogo aficionado, lee una gran cantidad de libros que trazan la vida de los negros traídos a Cuba como esclavos y la existencia de los que quedaron en África.

Desarrollando este tema, se encuentra con hechos cotidianos del hombre: la alegría, la tristeza, la muerte, la guerra, la paz, que le recuerdan los cuentos fabulosos que escuchaba de niño. Es el reencuentro con su mitología.

—Manolo, ¿acaso un día no vas a paganizar tu pintura y bajar a la tierra.

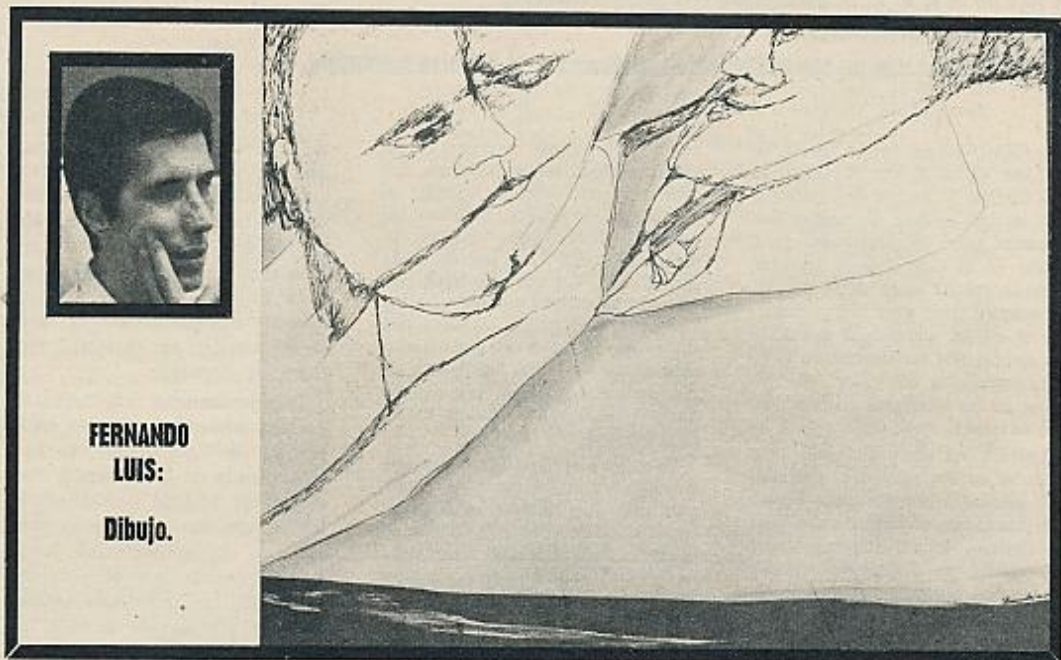
El sonrío:

Por PIERRE GOLENDORF

ARTES CUBANAS

—Mi pintura no habla de dioses, sino de las gentes que yo veo. Lo que ocurre es que, al conocer a tal o más cual, pienso en Changó, en Babalú o en otro. Y, poco a poco, comienza a surgir una historia y esa historia la cuento con colores. El personaje, cuando yo lo pinto, se simboliza, pierde su apariencia exterior o, más exactamente, esta apariencia pierde su significación.

Mendive tiene veintisiete años. Expone, regularmente, en La Habana, participa en exposiciones de grupo en el extranjero. Forma parte del grupo de jóvenes pintores invitados al XXIV Salón de Mayo, de París, en 1968, que recibió un premio colectivo. Un accidente de la calle provocó una fractura que se complicó con una gangrena y le hizo perder un pie. En el hospital hizo numerosas aguadas y descubrió los colores vivos. Cuando volvió a comenzar a pintar utilizó, como por costumbre, las «tierras» de antes, pero no por mucho tiempo. Aquellas aguadas habían sido un acercamiento y ahora, de emplear el color puro a transformar su manera, una etapa nueva había comenzado. Más alegórico, el espacio es destruido por el hormiguar. Este camino hacia la ornamentación total es completamente opuesto al seguido por Masiques.



**FERNANDO
LUIS:**

Dibujo.

● **JOSE MASIQUES.**—Desde siempre —cuenta su madre—, Masiques supo que iba a morir joven». La evolución rápida e intensa de su obra, de su vida, sin descansar jamás, mezclando su trabajo con el profesorado en la Escuela de Arte de Cubanacán, las exploraciones en las grutas, los viajes a los Estados Uni-

dos, Europa, China, no contradicen este acierto.

Del apego a su país, a la revolución cubana, hará surgir la obra más original, la más típicamente cubana, la más auténticamente tropical y revolucionaria que me haya tocado ver.

Masiques tenía una predilección

por Van Gogh y por Modigliani. Poseía la elegancia del primero y la hipersensibilidad del segundo.

Su muerte ocurrió en el año 1968, cuando tenía veintisiete años. A menudo él repetía: «Ahora es la madurez. Ahora comienza la etapa decisiva, la más fecunda...». Mil novecientos sesenta y ocho es el año de la síntesis. Es el año del descubrimiento del espacio.

En el hospital, después de su operación, dibuja. El paraíso. El hombre al fin liberado, en su pleno goce. Dibujos magníficos, casi infantiles por la forma, pero que constituyen la expresión misma de la felicidad final. La víspera de su muerte, con su débil mano ya alcanzada por la muerte, traza un último dibujo, un adiós a todo lo que él amaba: hombres que retozan, dos palmeras, el mar y un barco en el sol.

Masiques se presentó, regularmente, en La Habana en exposiciones de grupo. En el premio organizado anualmente por la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba) recibió una mención en 1968. Nunca expuso individualmente. «Tengo tiempo —decía—. Aún no estoy listo». Hizo también una exposición en Suiza, donde permaneció, durante casi un año, con amigos pintores y escultores.

(Copyright Prensa Latina, 1970)



**JOSE
MASIQUES:**

**Viaje
número tres.**

